

SERGIO RODERO

G. W. LEIBNIZ: DE LA BIOLOGÍA A LA METAFÍSICA.  
LA RESPUESTA VITALISTA DE LEIBNIZ:  
UNA ONTOLOGÍA UNIFICADA

“Depuis plus d’un siècle déjà, le sujet n’en finit  
pas de mourir et de ressusciter sur la scène  
de la pensée philosophique.”<sup>1</sup>

*Resumen:* Para Leibniz nuestros cuerpos tienen perfección, o sea, vida. Ahora bien, cada parte de esta materia viva que los compone sería demasiado privilegiada si ella sola tuviera una ventaja que la distinguiera infinitamente y esencialmente de todas las otras que la rodean: es, por lo tanto, necesario que haya vida y percepción por todas partes.

Así, pues, podemos afirmar que, en virtud del principio de uniformidad, no puede haber más que una diferencia gradual –en variedad de perfección– entre lo orgánico y lo inorgánico: tan llena de vida está la piedra como el cuerpo humano, y no hay entre estas dos cosas –*sub specie aeterni*– distinción alguna: “en el fondo” son lo mismo.

La vida consiste básicamente, para Leibniz, en tener percepción y *appetitus*. Ahora bien –prosigue la uniformidad analógica–, como nuestras percepciones a veces son nítidas, conscientes o reflexivas y otras veces son confusas y oscuras, es natural decir que habrá seres vivos cuya percepción será oscura, confusa y sin reflexión.

*Palabras clave:* cuerpo, vida, materia.

G. W. LEIBNIZ: FROM BIOLOGY TO  
METHAPHYSIC. LEIBNIZ’S VITALIST ANSWER:  
A UNIFIED ONTOLOGY

*Abstract:* For Leibniz our bodies have perfection, that is to say, life. Each part of this live matter which composes them would be too privileged if it alone had an advantage that distinguished it infinitely and essentially

---

Recibido: 19-09-2008 ✧ Aceptado: 30-09-2008

<sup>1</sup> Bernet, R., “Le sujet traumatisé”, en *Revue de Métaphysique et de Morale*, Nº 2, 2000, p. 141.

from all the other that surrounding it: is, therefore, necessary that there be life and perception everywhere. Thus, therefore, by virtue of the principle of uniformity, there cannot be more than a gradual difference - in variety of perfection- between the organic thing and the inorganic thing: so full of life it is the stone as the human body, and there is not between these two things -*sub specie aeterni*- any distinction. In substance they are the same thing.

Life consists basically, for Leibniz, in having perception and appetitus. Since our perceptions at times are clear, conscious or with reflection, and other times confused and dark, it is natural to say that there will be live beings whose perception will be dark and confused and without reflection.

*Keywords:* body, life, matter.

### 1. Introducción

A principios del s. XVIII, en torno a los años 1702-1705 G. W. Leibniz redacta sus escritos vitalistas más relevantes: es convidado por Basnague de Beauval, editor de la revista “Histoires des Ouvrages de Savans”, a participar en la polémica que enfrentaba a Cudworth y Grew, por un lado, y a Bayle, por otro, en torno a las naturalezas plásticas o principios hilárquicos, como explicación de la acción del alma en los procesos orgánicos de los cuerpos. Leibniz escribe, a este fin, las *Considerations sur les Principes de Vie et sur les Natures Plastiques*<sup>2</sup>, tras haber rechazado poco antes la doctrina del Espíritu Universal Único. La hija de Cudworth, Lady Masham, en cuya residencia vivió Locke los últimos momentos de su vida, fue, junto con el diplomático Thomas Burnett de Kemney, la intermediaria correspondencia entre Leibniz y el pensador inglés en el proceso de elaboración de los *Nouveaux Essais*. Mas esta correspondencia está cruzada con la que Leibniz mantiene con la reina Sofía-Carlota, por cuyas manos pasaban todos los trabajos filosóficos de Leibniz durante estos años. Sofía-Carlota, entusiasta admiradora de Fco. M. Van Helmont, fue el secreto gran amor del solitario Leibniz y a sus estímulos y apoyo debemos la redacción definitiva

---

<sup>2</sup> Leibniz, G.W., *Considerations sur les Principes de Vie et sur les Natures Plastiques*, en Erdmann, J.E., (edit.), Berlín, Reimar, 1840. (1705).

de la *Theodicee*. La correspondencia con las dos ilustres e ilustradas damas constituye el conjunto de piezas literariamente mejor acabadas de Leibniz, y sin duda la inspiración teosófica de los Platónicos de Cambridge por una parte, y el círculo intelectual de la siempre soñada Corte prusiana, por otra, elevaron los vuelos espiritualistas del cerebral pensador. Sigue a continuación la polémica con el popular médico, profesor de la universidad de Halle, George Stahl, que culminará, tras las puntualizaciones a Des Bosses y diversa correspondencia con otros médicos, en los *Principes de la Nature et de la Grace fondés en Raison*<sup>3</sup>, y en la síntesis final, que es la denominada *Monadologie*<sup>4</sup>.

La pregunta radical que había que hacer a todos los pensadores vitalistas, una vez abandonado, al menos de forma oficial, el cartesianismo, era así de sencilla: si todo es vivo, si la vida penetra por todos los poros del ser, ¿qué diferencia hay –si alguna haya– entre lo orgánico y lo inorgánico, entre una piedra y una planta, un animal, un hombre? Y centrando después la discusión en los seres llamados orgánicos, ¿cómo interactúan la parte físico-química y la parte espiritual en la producción de una acción vital? Resolver la segunda cuestión no implicaba necesariamente tener resuelta la primera. Por ejemplo, J. B. Van Helmont creía que el gas sutil o volátil de los *archaei insiti*, que reside en cada mínima parte orgánica, produce la unidad de la acción vital en los seres vivos, sin arriesgar demasiado en cuanto a las piedras o seres inorgánicos, cosa que sí hizo su hijo, por lo demás.

Leibniz, manteniendo siempre que “todo está lleno de vida”, intenta resolver los dos problemas de una vez. En primer lugar, él da su respuesta general y la repite incansablemente, la cual ha sido reproducida por tratadistas y Manuales de Filosofía; y en segundo lugar, nos detendremos en las polémicas con todos sus interlocutores, que es donde descubrimos al Leibniz más genuino.

<sup>3</sup> Leibniz, G.W., *Die philosophischen Schriften*, C.I. Gerhardt (ed.), 7 vols, Berlín, 1875-90 (reimp. Hildesheim, 1960-61)

<sup>4</sup> Leibniz, G.W., *Monadología*, (Introducción G. Bueno) J. Velarde (ed.), Oviedo, 1981.

## 2. “Todo está lleno de vida”

El principio teosófico de analogía (“todo en todas partes y en todos los tiempos es como aquí”), y su complementario principio de continuidad (“nada se hace por saltos en la naturaleza”), constituyen el término medio de la argumentación de Leibniz en los momentos cruciales de su análisis de la naturaleza. Este “complejo conceptual”, que tiene su traducción ontológica y matemática en la noción de infinitésimo, fue empleado por Leibniz en la explicación de la armonía, en el *Error Memorabilis Cartesii*, en la definición de la unidad simple, en el concepto de emanación y preexistencia de las almas, en la función epistemológica y psicológica de las *petites perceptions* para definir la continuidad y permanencia del Yo sustancial, y, en fin, en el análisis de la jerarquía infinita de los grados de perfección de las criaturas. No podía faltar evidentemente cuando Leibniz quiere definir su vitalismo: toda la materia está repleta de vida y percepción hasta en sus más mínimas partículas.

Es absolutamente necesario entender bien este trazado teórico. Del principio de analogía –uniformidad en el fondo de las cosas y variedad en sus manifestaciones visibles– y del principio de continuidad –divisibilidad y división actual de la materia hasta el infinito–, principios que son premetafísicos y prematemáticos– “metaphysicóteros”, los denomina en ocasiones el propio Leibniz–, deriva éste todo su sistema cosmológico, hasta el extremo de hacer coherente lo paradójico. Pues paradójico y contradictorio parece el afirmar a la vez la uniformidad y continuidad de todo con la división actual de la materia: si algo es continuo y uniforme, no se ve cómo pueda estar dividido. Pero ocurre que tal separación lo es hasta el infinito, esto es, aunque lo infinitamente pequeño es una ficción matemática de nuestra mente, podemos no obstante sustituir en el cálculo lo infinitamente pequeño por lo más pequeño que cualquier porción dada, de modo que el error se hace así más pequeño que cualquier error dado, con lo que –dice Leibniz– desaparece el error, pues siempre será menor que cualquier error dado. Así, pasando de la Geometría a la materia, podemos asegurar que ésta está dividida actualmente *in partes quavis data parte minores* y que, por lo tanto, no hay parte de ella que no

esté subdividida o contenida en otra hasta el infinito<sup>5</sup>. Ésta es la naturaleza de la materia y del movimiento, de modo que el reposo y el movimiento, el ser y la nada, el uno y el todo, están en perfecta continuidad: “el reposo –señala Leibniz– no es sino un movimiento infinitamente pequeño”, y se recordará que de estos presupuestos aparece la noción de *conatus*, de movimiento y, en suma, la idea de *entelequia prima* siempre activa, aunque vuelva a surgir el fantasma del Panteísmo. Quiere decirse con esto que Leibniz es la culminación más perfecta del pensamiento teosófico cosmológico de todos los tiempos, y sorprende cómo no se ha valorado esta dimensión en su debida importancia<sup>6</sup>.

Una dama británica, llamada Lady Masham –comenta el pensador– me regaló un libro de su padre Mr. Cudworth, titulado *Sistema Intelectual*, y mi agradecimiento ha sido recompensado por una respuesta muy amable por su parte, en la que me pide algunas explicaciones sobre lo que ha leído de mi en P. Bayle y en el *Journal des Sçavans*<sup>7</sup>. Así que me he visto obligado a escribir una carta un poco extensa:

en la que le expongo que mi gran principio de las cosas naturales es el del “Arlequín, Emperador de la Luna”(…), a saber, que siempre y por todas partes en todas las cosas todo es como aquí. Es decir, que la naturaleza es uniforme en el fondo de las cosas, aunque haya variedad en el más y en el menos y en los grados de perfección. Esto es lo que hace una Filosofía lo más sencilla y, a la vez, lo más concebible del mundo<sup>8</sup>.

Nuestros cuerpos tienen perfección, esto es, vida. Ahora bien, cada parte de esta materia viva que los compone sería demasiado

<sup>5</sup> Cf. Leibniz, G. W., “Des Bosses”, 11 marzo 1706, en Leibniz, G. W., *Die philosophischen Schriften*, C.I. Gerhardt (ed.), 7 vols, Berlín, 1875-90 (reimp. Hildesheim, 1960-61), II, p. 305.

<sup>6</sup> Cf. Leibniz, *Specimen Dynamicum*, Pars. II, G.M., VI, pp. 249-251.

<sup>7</sup> Las cartas están reproducidas en Leibniz, *Die philosophischen Schriften*, cit., III, pp. 336-348. El texto de Cudworth al que Leibniz hace alusión es *The True Intellectual System of the Universe*, London, 1678. Sobre Lady Masham, Cf. Widmaier, R., *Damaris Masham*, geb. Cudworth, geb. 18 January 1658 in Cambridge, gest. 20 April 1708 in Oates, en *STUD. LEIBNIZ*, 18, 1986, pp. 211-227.

<sup>8</sup> Leibniz, *Die philosophischen Schriften*, cit., III, p. 343.

privilegiada si ella sola tuviera una ventaja que la distinguiera infinitamente y esencialmente de todas las otras que la rodean:

es, por lo tanto, necesario que haya vida y percepción por todas partes<sup>9</sup>.

Así, pues, como primera afirmación, podemos decir que, en virtud del principio de uniformidad, no puede haber más que una diferencia gradual –en variedad de perfección– entre lo orgánico y lo inorgánico: tan llena de vida está la piedra como el cuerpo humano, y no hay entre estas dos cosas –*sub specie aeterni*<sup>10</sup>– distinción alguna: “en el fondo” son lo mismo. Procuremos no distraernos ahora con el larvado panteísmo que tal vez subyace en esta aseveración, y concentrémonos en el lado vitalista del asunto.

La vida consiste básicamente, para Leibniz, en tener percepción y *appetitus*. Ahora bien –prosigue la uniformidad analógica–, como nuestras percepciones a veces son nítidas y conscientes o con reflexión, y otras veces son confusas y oscuras,

será fácil de juzgar que habrá seres vivos cuya percepción será oscura y confusa y sin reflexión<sup>11</sup>.

Las *petites perceptions* o inconscientes no solamente sirven a Leibniz para afirmar la permanencia del Yo sustancial, sino que es además un argumento para asegurar la continuidad entre lo orgánico y lo inorgánico, cuya diferencia, en última instancia, solamente reside en el hecho de que la piedra no es consciente de sus percepciones, y naturalmente nosotros tampoco se las vemos, aunque ciertamente podría hacerlo un ser privilegiado en conocimiento (ése es el sentido del “sub specie aeterni”). En una palabra, el principio de uniformidad de la naturaleza permite asegurar que entre lo orgánico y lo inorgánico no hay más diferencia que el grado de percepción y de consciencia. Todos los seres son del mismo género en el fondo, y de variedad de manifestaciones jerarquizadas en el exterior. Ni más ni menos que como había sostenido Van Hel-

---

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> La expresión es de Pagel, W., “Helmont, Leibniz, Stahl”, en *Paracelsus: An Introduction to Philosophical Medicine in the Era of the Renaissance*, Karger, Basilea y Nueva York, 1958, p.48.

<sup>11</sup> Leibniz, D.W., *Die philosophischen Schriften*, cit., III, p. 344.

mont y Lady Conway<sup>12</sup>. La doctrina leibniziana de los dos reinos –el mecánico y el espiritual– nacerá de otras consideraciones: será, como ya se ha visto, un recurso “infinitesimal”, para salvar la autonomía del mundo fenoménico y poder estar así con unos y otros, con los Cartesianos y con los Vitalistas ontológicos.

Esta misma uniformidad nos hace entender, además, dos cosas: primero, la jerarquía infinitamente continua de seres vivos, desde los genios más perfectos hasta las criaturas más viles; y segundo, que, así como todos nuestros actos espirituales están siempre acompañados de su correspondiente resonancia material, así:

todo será como aquí en el fondo y estos genios, según mi opinión, estarán siempre acompañados de cuerpos orgánicos dignos de ellos, de una sutilidad y fuerza proporcionada a su co-

<sup>12</sup> Este mismo principio de uniformidad llevó a Conway a defender, de un modo más nítido y terminante que Leibniz, una concepción esencialista del mundo. Una propiedad es un atributo esencial o metafísicamente necesario de una cosa, cuando ésta no es concebible ni puede existir sin ella. Así entendía R. Descartes la extensión y el pensamiento como atributos esenciales de las dos únicas clases de sustancias creadas. Según esto, un hombre no es “esencialmente” un animal racional, como creía Aristóteles, sino una sustancia pensante, de modo que no puede existir y ser no-pensante; lo mismo sucede con la extensión. Mas, si esto es así, ser caballo o ser no-caballo no es un atributo esencial del caballo y, por lo tanto, en rigor podría cambiarse en cualquier otra sustancia material de cualquier otra especie. Conway recoge esta doctrina, pero niega que haya dos clases de sustancias; sólo hay una naturaleza o esencia creada que se define “esencialmente” por “ser mutable o cambiante y estar dotada de alguna clase de fuerza interior organizada”. Con todo, los “individuos” de esta sustancia o naturaleza no pueden cambiar sin que se destruya el orden objetivo inteligible. Por ende, todo “individuo creado”, perteneciente a la sustancia “Criatura”, puede transformarse de una especie en otra manteniendo su “naturaleza creada” y su “identidad individual”. Yo no puedo transformarme en Ese caballo; mas puedo transformarme en caballo, pues el caballo y yo somos de la misma naturaleza o esencia – “en el fondo, la naturaleza es uniforme”–, y nuestras respectivas subespecies se diferencian sólo modalmente. “En todas las transformaciones que cabe observar en las cosas –dice Conway– la sustancia o esencia permanece siempre la misma; es sólo un cambio de los modos, de manera que la cosa deja de ser de este modo y comienza a ser de otro modo” (*Princ. Philos.*, VI, 3, p. 45). Véase esta cuestión y compárese con la doctrina leibniziana de la “uniformidad de las cosas en el fondo y su variedad en los grados de perfección” junto con la doctrina de la “permanencia del mismo animal orgánico, dentro de sus múltiples posibles “cambios de teatro”.

nocimiento y a la potencia de estos espíritus sublimes. Y siguiendo este principio, no habrá jamás almas separadas, ni inteligencias enteramente libres de materia, a excepción del Espíritu Soberano, autor de todo y de la materia misma<sup>13</sup>.

Hasta aquí hemos comparado las criaturas en su conjunto – continúa Leibniz–. Vamos ahora a analizar cada criatura consigo misma, en su pretérito, presente y futuro, y observaremos –según el principio– que:

desde el comienzo del mundo y para todo tiempo futuro, todo es y será siempre como aquí y como en el presente en el fondo de las cosas, no sólo respecto de los seres entre sí, sino también respecto de cada ser consigo mismo<sup>14</sup>.

Esto es, cada ser vivo o dotado de percepción –pero ya sabemos que todos sin excepción lo son o, al menos, todos tienen vida–, permanecerá siempre y conservará siempre sus órganos adecuados, ya que la percepción y la materia deben ser universales no sólo respecto del espacio, sino también respecto del tiempo. Es la continuidad temporal, que implica dos cosas:

no sólo que cada sustancia tendrá percepción y órganos, sino que los tendrá siempre<sup>15</sup>.

Leibniz, como gran maestro prestidigitador, hace observar a la reina Sofía-Carlota que ahora habla de “una sustancia” y no de un “agregado de sustancias”, y le obsequia con esta filigrana:

Yo hablo aquí de una sustancia, no de un simple agregado de sustancias, como podría ser un rebaño de animales o un estanque lleno de peces, donde basta con que sean las ovejas y los peces los que tengan percepción y órganos; aunque debemos pensar que en el intervalo, lo mismo que en el agua del estanque entre los peces, habrá siempre otras cosas vivas más pequeñas, y así indefinidamente siempre sin ningún vacío<sup>16</sup>.

---

<sup>13</sup> Leibniz, G.W., *Die philosophischen Schriften*, cit., III, p. 344.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> *Ibidem*.



Lo primero que Sofía-Carlota debiera preguntar aquí al maestro es si la distinción entre “sustancia” y “agregado de sustancias” también deriva del principio de uniformidad y continuidad, pues a simple vista no lo parece y todo induce a sospechar que el maestro ya no juega limpio. Cabe preguntarse, ¿cómo es que ahora es sólo la sustancia la que permanece, ella y sus órganos correspondientes, y no le ocurre lo mismo al agregado de sustancias? ¿Qué le falta al agregado de sustancias para ser pez, si también el estanque está lleno de “cosas vivas sin vacío alguno”? El filósofo de Hannover no da aquí respuesta directa a este esencial problema, y habrá de elaborar la noción de sustancia o mónada dominante y el concepto de sustanciado, para poder diferenciar claramente entre “sustancia o unidad simple” (la mónada), “sustancia orgánica o sustanciado con una mónada o unidad dominante que vincula a las infinitas sustancias simples produciendo la unidad orgánica” (pez), y los fenoménicos “agregados de sustancias” sin unidad ni permanencia alguna pero que estén llenos de y fundados en sustancias vivas sin vacío” (estanque). Y es, según vimos, justamente en la correspondencia con Des Bosses donde se dan estos matices (en los últimos años de vida de Leibniz). No obstante, Leibniz no traiciona su principio, y habría respondido a la reina lo que algunos años atrás explicara a la madre, la Electora Sofía: “mis meditaciones se centran en la unidad y el infinito, y es admirable comprender hasta qué medida lo infinito penetra todas las cosas”. El salto aparente dado por el discurso del pensador no es tal, sino la consideración de la misma uniformidad y continuidad, corroborada ahora desde lo infinitamente pequeño: aunque el estanque no ofrezca unidad vital “a nuestros ojos”, en cambio está repleto de infinitas unidades “invisibles”: *nullum vacuum formarum*:

En lo cual se verifica también la máxima de que todo es como aquí, tanto en lo invisible como en lo visible<sup>17</sup>.

Ya hemos visto anteriormente de qué modo acude Leibniz a los descubrimientos con el microscopio y a la teoría de la “pre-formación orgánica de los animales en el plasma primitivo”, para “confirmar” su hipótesis espiritualista: “orgánico” significa “lleno

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 345.

de almas o entelequias”. Ahora, en esta correspondencia con la reina Sofía-Carlota, su argumentación es la misma, pero está deducida más explícitamente del principio de uniformidad:

No es concebible –dice– cómo la percepción puede comenzar naturalmente, como tampoco la materia (...). Y si no puede comenzar naturalmente, tampoco debe terminar<sup>18</sup>,

Argumento helmontiano/leibniziano que ya conocemos. Y el fundamento analógico de esta permanencia de la sustancia es éste:

La diferencia de una sustancia respecto de sí misma no puede ser mayor que la de una sustancia respecto de otra,

o, dicho con otras palabras, si la uniformidad nos ha permitido establecer percepción y vida en todos los demás seres por comparación al nuestro –uniformidad horizontal–, con cuánta más razón habrá de asegurarse la permanencia de tal percepción en la misma sustancia –uniformidad vertical–:

Es decir, es la misma sustancia la que ha de tener su propia percepción más o menos viva y acompañada de más o menos reflexión<sup>19</sup>.

Se mantiene, por lo tanto, inalterable la misma sustancia simple; inalterable e indestructible.

Si, además, los científicos nos hablan de la “preformación orgánica” desde el comienzo del mundo, todas las piezas del sistema encajan a la perfección. He aquí las palabras del propio Leibniz:

Y nada podrá destruir todos los órganos de esta sustancia, al ser esencial a la materia ser orgánica y estructurada *artificieusse* por todas partes, porque es efecto y emanación continua de una Soberana Inteligencia, aunque estos órganos y estructuras (artífices) se encuentren lo más frecuentemente en las pequeñas partes que nos son invisibles, como es fácil juzgar por lo que se ve. Y en esto se verifica también la máxima de que todo es como aquí tanto en lo invisible como en lo visible. De donde se sigue que, naturalmente y hablando con rigor metafísico, no hay ni generación ni muerte, sino solamente desenvolvimiento

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 344-345.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 345.

y envolvimiento de un mismo animal. De lo contrario, habría demasiado salto, y la naturaleza escaparía demasiado de su carácter de uniformidad por un cambio esencial inexplicable<sup>20</sup>.

Evidentemente quedan a este respecto aún muchas cosas por decir, algunas ya comentadas con anterioridad. Pero la vanidad del pensador alemán se quedaba satisfecha con este pequeño juego de presdigitación analógica realizado ante la reina:

He aquí en pocas palabras toda mi Filosofía, bien popular sin duda, puesto que no asume nada que no responda a lo que nosotros experimentamos, y está fundada en dos aforismos tan comunes como son el del teatro italiano: “que c’est ailleurs tout comme icy”, y aquel otro de Tasso: “che per variar natura é bella”, que parecen contradecirse, pero que es necesario conciliar entendiendo el primero del fondo de las cosas, y el otro de las formas y apariencias<sup>21</sup>.

En la obra *Considerations sur les Principes de Vie et sur les Natures Plastiques*, en un contexto ya más exigente, precisa Leibniz con firmeza y claridad su posición a este respecto. De esta manera, según Leibniz, una porción de materia tiene infinitos órganos y, por ende, infinitas entelequias; mas ella no está animada; no es orgánica:

No podemos decir por ello —señala enérgicamente Leibniz— que cada porción de materia esté animada, como no decimos que un estanque lleno de peces sea un cuerpo animado, aunque el pez lo sea<sup>22</sup>.

Sintetizando, he aquí la primera afirmación fundamental del Vitalismo leibniziano: la materia está organizada hasta el infinito, mas en tanto que fenómeno no es orgánica, no es un organismo. Y, como se ve, la clave de todo el sistema está en la noción de infinito.

Con todo, donde aparece su grandeza y su genialidad, se esconde también su peligro y sus puntos débiles. Ya que Leibniz ha

---

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> *Ibid.* p. 348.

<sup>22</sup> *Ibid.*, VI, p. 539.

de responder a unas cuantas afirmaciones enormemente arriesgadas:

- 1) la materia es, *de facto*, un continuo físicamente divisible hasta el infinito.
- 2) cada unidad simple espiritual está siempre asociada a algo orgánico y viceversa.
- 3) los fenómenos materiales, aunque fundados en las *entelequias*, son siempre tales sólo *quoad nos*, y quizás no en sí mismos. De donde,
- 4) en última instancia, todo es vida espiritual en el universo, y la materialidad de los fenómenos sigue probablemente sin recibir una adecuada justificación ontológica.

Se correría así el peligro de quedarnos en el espiritualismo helmontiano o, a lo más, en un panlogismo metafísico idealista. Pienso que Leibniz fue muy consciente de estas dificultades y del difícil equilibrio al que ellas le obligaban, y de aquí nace, en mi opinión, su secreto y constante coqueteo con lo orgánico, con los “archaei” y la materia sutil y volátil. Le sucedió con este problema algo semejante a lo que le pasó con la emanación de las sustancias frente a Spinoza: tanto más enérgicamente lo rechazaba cuanto más lógicamente próximo a él secretamente se sentía.